"Aquí sólo las sombras nos comprenderán."
Iván Zhdánov

"Sólo es hermoso el pájaro cuando muere
destruido por la poesía."
Leopoldo María Panero

PENÍNSULA HAMARTIA



La hoja de otoño que agrega
un signo a la forma del azar:
No existe.
Parece no caer.
Su verbo no pesa.
No hay en su alud
un sustantivo para asirla de la cadera.
Tempano aéreo,
núbil sílaba sólo alcanzada
por un relámpago
que libera el
diamante de la pavesa.
Expectantes tres puntos:
Péñola la atarraya que atraviesa la lumbrera.

Fulminado el instante...
Abrirse los ojos
con la espina de un relámpago,
caer como un grito
que se despedaza el rostro
desde un sexto piso o,
fugaz,
inflamarse como el trigo y la seda;
sencilla extinción de luz
en los ritmos del aire.

Basta con presionar el dedo índice contra el centro del corazón
para llenar el cuerpo de oscuridad callada e inmóvil.

Cuando la intuyas,
no resistas a la hiena famélica entrar y salir de la retina
del ojo de la pesadilla que te sueña.

Irás y vendrás
de un grito infecto
a la médula rota del nervio.

Del golpe de recuerdos
a la desesperación de un perseguido
reptando en las venas de un fantasma
que se niega a morir.

Reo que se destroza
la cabeza contra su reflejo,
muñón violeta
de un ejecutado
que no encuentra descanso
en la mazmorra de su cerebro.

Condenado a la hoguera
o a la soledad de la cama,
da igual,
en el calabozo de su pensamiento
es otro el que despierta, se asoma
y se estrella contra la pared de su reflejo,
hasta que la certeza de lo inevitable nos funde y
te reconoces en la tinta de este azogue:

Verbo-Pesadilla
ceniza-meconio
principio-fin:
Nunca tan tú,
nunca tan yo,
nunca tan verdaderamente solo,
nunca tan presente en la tierra,

nunca tan mi cadáver,
nunca tan en ti mismo,
nunca tan en mí mismo
como en la hora del yerro,
momento único en la existencia humana
en que una parvada oscura nos diluye en las nubes
de un cielo siempre azul.

Estamos en la vida para tener certeza
de nuestras débiles victorias
y de nuestras muchas derrotas:
Vidagonía.